

La pandemia de la virtualidad en la educación



Equipo Interculturalidad y educación en comunidades toba/qom y mbyá-guaraní de Argentina: una aproximación histórico-etnográfica a la diversidad étnica y lingüística en las escuelas

Programa de Antropología y Educación. Instituto de Ciencias Antropológicas. FFyL-UBA

En estos días, nos hemos visto desbordadxs por la compleja situación sanitaria que supone habitar una pandemia. Se ha exacerbado el recurso a la comunicación virtual y las desigualdades del sistema educativo volvieron a quedar subrayadas con este escenario. Es por ello que son muchos los interrogantes que pueden volver a abordarse en este contexto, sobre todo por quienes venimos investigando y reflexionando en espacios educativos. Desde el UBACYT “Interculturalidad y educación en comunidades toba/qom y mbyá-guaraní de Argentina: una aproximación histórico-etnográfica a la diversidad étnica y lingüística en las escuelas” nos preguntamos: ¿Qué sucede con las nuevas tecnologías y los procesos de enseñanza-aprendizaje? ¿Cómo se reformula la relación familias-niñxs-escuelas? ¿Qué lugar le cabe a lxs docentes en contextos de diversidad étnica y lingüística, así como a lxs estudiantes indígenas? Vayamos sistematizando algunas ideas.

Hace ya más de un mes, las escuelas se cerraron para el dictado de clases y pasaron a “modalidad de educación virtual/a distancia”. Abren sus puertas, en el mejor de los casos, para repartir bolsones de comida y a lo sumo distribuir algún cuadernillo con tareas. También se han dispuesto programas de radio y televisión para dar cierta continuidad en lo escolar. Si bien los esfuerzos son muchos, las dudas también.

La modalidad a distancia nos interpela respecto de los recursos tecnológicos, el lugar en que quedan lxs docentes en ese escenario, el rol de los pares y especialmente por la demanda que implican para las familias. Esta modalidad presupone un acercamiento a las tecnologías que es más propio de los sectores medios, altos y de contextos urbanos. No solo por la presencia o no



de dispositivos (tablets, celulares, computadoras que tengan buena conectividad a redes de internet y que resistan el acopio de muchos archivos); sino por los conocimientos para poder gestionar esos dispositivos en términos escolares: no se trata de utilizarlos, sino de poder producir e interpretar materiales pedagógicos desde esos equipos. En otras palabras, disponer de un celular no necesariamente expresa esas potencialidades y muchas veces solo reemplazan al teléfono de línea como dispositivo de comunicación oral y/o escrita.

Además, salvando las diferencias en la materialidad, se abre ahora el interrogante acerca de la estrategia: ¿acaso se presupone que enseñar es solo transmitir un contenido? Así, se han tomado múltiples medidas y se continúa trabajando sobre la marcha, intentando reparar cada nueva injusticia que se visibiliza. Pero en la práctica se da una dudosa o escasa posibilidad de diálogo o intercambio entre lxs docentes y lxs estudiantes, y más aún se omite casi toda posibilidad de construcción de saberes entre lxs pares.

Ahora bien, ¿qué sucede en las familias indígenas? Éstas se encuentran expuestas a inmensas complejidades y necesidades materiales, consolidadas a lo largo de años de racismo, discriminación y despojo; por lo tanto, parece impensable la disponibilidad de recursos simbólicos y tecnológicos que acompañen las experiencias escolares a distancia. La pandemia vino también a remarcar el rol fundamental de lxs agentes educativos: maestrxs, tanto indígenas como no indígenas, auxiliares bilingües, directivxs son el entramado más fuerte que el Estado cuenta a la hora de llegar con conocimientos y recursos a la mayor cantidad posible de población.

La no-presencialidad se organiza a partir de modelos generales que universalizan expectativas y potencialidades, saltando las singularidades y las experiencias particulares. Como hace mucho tiempo en el sistema educativo, se construye un “niño/alumno típico” que no expresa al promedio de muchxs de lxs niñxs indígenas y, tal vez novedosamente y con las mejores intenciones se disponen materiales y recursos audiovisuales que presuponen este receptor.

Dar cuenta de lo singular de cada experiencia escolar queda a cargo de las habilidades de cada docente, lo que supone una gran sobrecarga para lxs maestrxs de grupos que estaban apenas comenzando a trabajar. Luego, se apoya sobre las potencialidades y recursos de cada familia para acompañar el proceso, lo que refuerza las ya preexistentes desigualdades estructurales. La escuela reparte los alimentos, lxs docentes contienen el tejido social a partir de activar mensajes de institucionalidad y de dar expectativas de futuro, mientras que estudiantes y familias quedan silenciadas, pasivas, en la recepción de todo ello y sin margen para expresar los escenarios domésticos. El aislamiento parece ser lo opuesto a la construcción de conocimientos, si es que a eso apuntamos con educación, y si es que entendemos que la educación reduce distancias.

La pandemia vino a subrayar las desigualdades inherentes al sistema educativo. Es cierto que no podrían resolverse justo ahora, cuando se han sumado tantas otras dificultades, pero aun así, conviene hacerlas nuevamente visibles para que no vuelvan a ser naturalizadas. Para que una vez superada esta instancia inédita, podamos repensar el campo escolar, las relaciones entre las escuelas, familias, niñxs, tecnologías, saberes, alimentos, de modos distintos. Si vamos a pensar con nuevas coordenadas al mundo, que la diversidad y la docencia ocupen el lugar que merecen.